

**Debate / Controversy**

**Empotrado (*embedded*) en trincheras mediáticas / *Embedded in Media Trenches***

\*Enrique Gil Calvo

Departamento de Sociología Aplicada, Universidad Complutense, España / Spain  
gilcalvo@cps.ucm.es

Recibido / Received: 26/10/2018

Aceptado / Accepted: 25/01/2019



**RESUMEN**

El texto describe y analiza, en primera persona, y a modo de testimonio, la trayectoria del autor como colaborador de prensa en medios informativos, a través de los cuales llegó a ser uno de los sociólogos con mayor proyección pública durante tres décadas. La reflexión incluye una comparación de esa actividad con la ejercida por los corresponsales de guerra que informan sobre conflictos armados, cuyo último avatar es estar “empotrados” (*embedded*) en unidades combatientes para asumir su visión de la contienda.

**Palabras clave:** divulgación profesional, columnistas de opinión, mediatización de la política.

**ABSTRACT**

*This paper describes and analyzes, in the first person, and as a testimony, the author's career as a press collaborator in the news media, through which he became one of the sociologists with greater public visibility in Spain during three decades. The author's reflection includes a comparison of that activity with that exercised by the war correspondents who report on armed conflicts, whose last avatar is to be embedded in combat units to assume their vision of the conflict.*

**Keywords:** professional dissemination, opinion columnists, mediatization of politics.

\*Autor para correspondencia / Corresponding author: Enrique Gil Calvo. UCM, Departamento “Sociología Aplicada”. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Despacho 2306. Campus de Somosaguas S/N. 28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid).

Sugerencia de cita / Suggested citation: Gil Calvo, E. (2019). Empotrado (*embedded*) en trincheras mediáticas. *Revista Española de Sociología*, 28 (3, supl. 2), 141-149.

(Doi: <http://dx.doi.org/10.22325/fes/res.2019.43>)

## INTRODUCCIÓN

¿Qué hace un tipo como yo en un lugar como este? Esa fue la pregunta que me hice la primera vez que me vi en un estudio de televisión, dispuesto a participar en un programa de la segunda época de *La Clave*, el espacio de debate de José Luis Balbín en la Segunda Cadena de TVE que había sido cancelado en diciembre de 1985 por el gobierno socialista de Felipe González para impedir la realización de un especial sobre “La Paz” en vísperas del referéndum sobre la OTAN. El periodista defenestrado se tomó la revancha cinco años después, cuando inició la segunda etapa de *La Clave* en horario de máxima audiencia en *Antena 3 Televisión* de la mano de su director Manuel Martín Ferrand, adoptando una línea política críticamente antifelipista. Eran los tiempos de la célebre pinza entre Aznar y Anguita, y el arma suprema de esa tenaza contra natura era la famosa “conspiración” mediática (reconocida como tal por uno de sus promotores, el director de *ABC*, Luis María Ansón) orquestada por la AEPI: la Asociación de Escritores y Periodistas Independientes (o “Sindicato del crimen”, como la bautizó el director de *El País*, Juan Luis Cebrián), fundada en 1994 por Ramírez, Ansón, Losantos, Umbral, Gala y *tutti quanti* con el tácito propósito de derribar al presidente González, lo que habrían de conseguir por fin un par de años después. Pues bien, tanto Balbín como Martín Ferrand eran miembros fundadores de la AEPI, lo que nos da una idea del clima de opinión que reinaba en *La Clave*, una de las principales trincheras mediáticas con que los conspiradores esperaban hundir la reputación del presidente González.

¿Y qué hacía yo, un profesor de sociología, simpatizante socialista y colaborador de *El País*, participando en *La Clave*? Es de suponer que el programa versaba sobre alguna de mis especialidades como sociólogo, pero lo cierto es que no consigo recordar cuál era el tema a debatir, pues solo me acuerdo de mi gran incomodidad por estar encerrado a solas frente a una camada de lobos en territorio hostil. Y ahí estaba la clave de mi presencia en *La Clave*. Desde el punto de vista de Balbín, yo representaba el tributo que el vicio rinde a la virtud. O sea, que yo significaba un modo conveniente e inofensivo para él de ocupar la cuota

reservada al “enemigo” mediático para cumplir el expediente del pluralismo político, a fin de disimular el tendencioso sesgo antisocialista de que *La Clave* hacía gala. Esa misma razón de ocupar la cuota reservada al enemigo es la que explica que luego se me invitase muchas otras veces a los programas de debate que, en la misma *Antena 3 TV*, animaba Jesús Hermida (otro compañero de viaje del “Sindicato del crimen”). Además, durante la segunda época de *La Clave*, yo acababa de publicar una columna en *El País* donde criticaba a González por su renuncia a asumir responsabilidades por la marea de corrupción que amenazaba con anegar al gobierno socialista. Así se entienden las razones por las que me habían llamado a participar, pero eso no explica los motivos por los que yo me decidí a aceptar la invitación. Y la única respuesta que puedo dar es que lo hice por deber profesional.

## EL DEBER DEL INVESTIGADOR SOCIAL

Ahora bien, decir eso puede implicar mucho o no significar nada. Por tanto, para aclararlo, conviene extenderse algo más en la naturaleza del cometido profesional de los sociólogos. Para ello, partiré de un cuadro esquemático como el que aparece a continuación, y que suelo utilizar en mis clases para explicarles a los alumnos qué tipos de trabajos prácticos pueden acometer para presentarlos a fin de curso, a modo de simulacro o entrenamiento para su futura dedicación a las ciencias sociales. Con la advertencia de que, dada esa lista de diez actividades profesionales, los alumnos solo están capacitados para emprender los más breves, por ser compatibles con su poca experiencia y escasa disponibilidad de tiempo durante el curso: son los proyectos de investigación, las presentaciones orales, los artículos de revista y las reseñas críticas, tal como aparece contemplado en la Tabla I.

Pues bien, como se deduce de la primera columna, los profesionales de las ciencias sociales realizan tres clases de actividades, que incluyen en sus *currícula* para ser evaluados por sus pares: investigaciones para adquirir conocimientos y realizar descubrimientos, presentaciones en público de los resultados de sus investigaciones, y publicaciones impresas para registrar por escri-

**Tabla I.** Actividades profesionales de un investigador en ciencias sociales.

INVESTIGACIONES confidenciales o privadas	<i>Proyectos</i> de Investigación.	Texto muy breve escrito en formato estándar.
	<i>Trabajos</i> de campo, despacho o laboratorio.	Obtención y procesamiento de información mediante el empleo de técnicas de investigación cuantitativas y/o cualitativas.
	<i>Informes</i> de resultados.	Texto largo de formato técnico no destinado a ser publicado.
PRESENTACIONES en público	<i>Ponencias</i> en congresos o seminarios.	Exposición oral de descubrimientos ante un público especializado de colegas profesionales.
	<i>Conferencias</i> invitadas.	Exposición oral de conocimientos ante un público ilustrado.
	<i>Colaboraciones</i> mediáticas.	Intervenciones divulgativas o críticas en medios informativos impresos, audiovisuales o digitales.
PUBLICACIONES impresas o en soporte digital	<i>Libros</i> , ensayos, monografías.	Texto largo escrito en formato libre con visión de conjunto.
	<i>Capítulos</i> de libro.	Texto breve coordinado con otros y escrito en formato libre.
	<i>Artículos</i> de revista especializada.	Texto breve singular escrito en lenguaje formal y académico.
	<i>Recensiones</i> críticas.	Texto muy breve de estilo libre destinado a evaluar obras ajenas.

Fuente: elaboración propia.

to sus descubrimientos, compartiéndolos con los demás y sometiéndolos a su juicio evaluador. El trabajo investigador es fundamentalmente artesanal, aunque debe producir diversos textos entre los que destacan los proyectos iniciales, como requisito para obtener financiación si son aceptados, y los informes finales, donde se exponen los resultados de la investigación. Todos estos documentos internos, inherentes a la investigación, tienen un carácter estrictamente confidencial y privado, quedando en propiedad compartida entre su autor y la institución a la que presta sus servicios: todo ello de acuerdo al principio del secreto profesional que regula las relaciones entre el agente (el investigador) y su principal (la institución que le contrata y financia). Un secreto profesional que salvaguarda los intereses del demandante de los servicios prestados, tal como sucede en los ejemplos característicos del sacerdote o el abogado defensor, guardianes arquetípicos del secreto confidencial.

Pero el científico social no solo es un profesional privado, que debe preservar los intereses de sus patrocinadores y de las personas objeto de investigación, sino que además es un profesional público, que debe dar a conocer a la sociedad los resultados de su investigación en bien del interés general. Y en este sentido, el sociólogo no se parece al “espía” o “investigador privado”, como propuso Peter Berger (1977) en su célebre *Introducción a la sociología*, sino al periodista, cuyo deber es mantener en secreto sus fuentes de investigación pero al mismo tiempo servir al interés general dando a conocer sus investigaciones como servicio público. Y eso es lo que también debe hacer el científico social.

Eso nos lleva a las otras dos clases de actividades que aparecen en el cuadro esquemático anterior: las presentaciones en público y las publicaciones. Una vez finalizada una investigación, el profesional no solo debe informar a sus patrocinadores de los resultados obtenidos, sino que además debe darlos a conocer al público, tanto mediante

exposiciones orales como mediante textos escritos. Ahora bien, se me objetará que esto mismo es lo que deben hacer también el resto de investigadores no pertenecientes al campo de las ciencias sociales, lo que por supuesto es verdad. Así, los físicos o los arqueólogos, por ejemplo, también presentan ponencias en sus congresos profesionales y publican sus artículos en las revistas de su especialidad, donde igualmente valoran las contribuciones de sus colegas publicando reseñas críticas. Revistas profesionales que en su conjunto conforman la opinión pública de cada especialidad en particular. Una opinión pública privativa de cada disciplina científica ante la que los investigadores deben rendir cuentas responsabilizándose de los resultados de su trabajo: es la *accountability* profesional a la que están obligados todos los investigadores científicos, lo que ocurre tanto en las ciencias *duras* como en las ciencias sociales.

Pero en estas últimas sucede algo más, y es que los investigadores sociales deben rendir cuentas de sus trabajos no solo ante sus colegas profesionales, como hacen los demás investigadores científicos, sino también y además ante sus propios conciudadanos. La razón de que esto suceda así es que las ciencias sociales se caracterizan por su reflexividad, pues su objeto de estudio es la propia realidad social a la que pertenecen y en la que se integran los investigadores sociales. Esto explica que la *accountability* de los científicos sociales sea más compleja que la del resto de profesionales, pues tienen que responsabilizarse de sus trabajos doblemente, tanto ante sus colegas como ante sus conciudadanos. Y en esto último, la *accountability* de la ciencia social se aproxima a la *accountability* de la clase política y periodística, en la medida en que los resultados de la actividad profesional de los investigadores sociales es susceptible de afectar a la propia realidad social, del mismo modo que ocurre con la actividad profesional de periodistas, políticos y gobernantes. En suma, el investigador social es un profesional híbrido y mestizo, una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, actuando de día como científico ante sus colegas y de noche como investigador ante sus conciudadanos a los que analiza.

¿Y cómo se resuelve esa contradicción que desgarrar internamente al científico social? Pues

rindiendo cuentas de sus actos doblemente: ante sus colegas en los congresos científicos y en las revistas especializadas, y ante sus conciudadanos en la esfera pública de debate y en los medios de comunicación que conforman la opinión pública de su comunidad cívica. Por eso, en el anterior cuadro esquemático que clasifica las actividades del investigador social, aparece un tipo de actividad, la *colaboración mediática*, que nunca figuraría entre las actividades de los demás científicos “asociales”, dado que estos últimos son externos a su objeto de estudio, por lo que no pueden comunicarse con él, mientras que aquellos otros pertenecen a una comunidad cívica con la que están obligados a comunicarse para informarla del resultado de sus trabajos que le atañen. Esto es lo que llevó a Durkheim, a Weber o a Simmel a ser no solo habituales conferenciantes y colaboradores de prensa, con profusión de artículos periodísticos, sino además a tomar partido, abrazando causas polarmente enfrentadas en las conflictivas controversias que se debatían en la sociedad de su tiempo. Es decir, nuestros padres fundadores fueron intelectuales mediáticos *avant la lettre*, no dudando en descender al barro de la polémica en las trincheras de las guerras culturales de su época.

### EMPOTRADO (*EMBEDDED*) EN LAS PÁGINAS DE *EL PAÍS*

Eso es lo que tuve ocasión de hacer, cuando se me brindó la oportunidad de compaginar mi dedicación a la docencia con la de colaborar en la prensa española. Lo que ocurrió en 1986, a resultas del referéndum sobre nuestra permanencia en la OTAN, como tuve ocasión de averiguar bastantes años después. Para entonces ya estaba en mi segundo año como profesor titular, y además de varios artículos y capítulos de obras colectivas, ya llevaba publicados tres libros, de los que uno obtuvo el premio Anagrama de ensayo (*Lógica de la libertad*, 1976) y otro alcanzó una cierta notoriedad en el campo de la sociología de la juventud (*Los depredadores audiovisuales*, Tecnos, 1985). Por eso, cuando me encargaron una colaboración para un número extraordinario de *El País* a los diez años de la aparición, mi vanidad me hizo creer que

la llamada se debía a mis propios méritos. Aquel trabajo se titulaba “Gente capaz de cambiar”, apareció el 4 de mayo de 1986, y versaba sobre el reciente cambio familiar. Esa primera vez debió de ser un encargo de tanteo, pues a partir de ahí me pidieron reseñas de sociología para el suplemento de “Libros” y, al año siguiente, me ofrecieron publicarme una Tribuna bimensual, comenzando con una lectura política del *Platoon* de Oliver Stone y al poco tiempo una de mis mejores piezas: “De vidas debidas” (30 de julio de 1987), sobre la dependencia intergeneracional.

Solo más tarde supe cómo había ocurrido mi desembarco en *El País*. Hasta 1985, el sociólogo de referencia que publicaba en sus páginas era Jesús Ibáñez, toda una institución de la sociología crítica y de la izquierda progresista. Pero con el agrio debate que se produjo ante el referéndum de la OTAN, en el que el periódico se alineó con el sector gubernamental que apostaba por la permanencia, las relaciones entre Ibáñez y *El País* se fueron enfriando, puesto que Jesús era radicalmente contrario a la alianza militar anticomunista. Finalmente, ambas partes resolvieron su compromiso amistosamente, aceptando el periódico que Ibáñez se pasase a la competencia. Pero antes de su separación, el responsable de la sección de Opinión, que por entonces era el llorado Vicente Verdú, le pidió a Jesús el nombre de algún sociólogo joven capaz de ir rellenando aunque fuese malamente el hueco que dejaba libre. Y el maestro tuvo la amabilidad de citar mi nombre como alguien “de derechas” pero listo y prometedor. La verdad es que yo no fui alumno suyo, pero sí había tenido ocasión de debatir con él en bastantes seminarios, aprendiendo a respetarnos mutuamente. Y desde luego yo no me sentía en absoluto de derechas, como él me reprochaba provocadoramente con humor, sino de centro izquierda, lo que al lado de un radical como él me hacía parecer relativamente derechista. En cualquier caso, el aprecio era mutuo, y siento no haber podido agradecerle que me pasara el testigo para sucederle en *El País*, pues solo me enteré de aquello tras su muerte.

De modo que allí estaba yo, publicando en las páginas nobles del diario felipista, que por entonces atravesaba su era dorada. Llegué tarde a la batalla del referéndum de la OTAN, pero sí parti-

cipé en la siguiente, relativa a la huelga general del 20-D de 1988, alineándome en el bando gubernamental porque confiaba todavía en el poder de convicción de González. En esa batalla, las trincheras mediáticas oponían a la socialdemocracia de la tercera vía felipista, en la que estaba alineado, frente al radicalismo de Izquierda Unida, las centrales sindicales y demás compañeros de viaje. Mis tribunas sobre la huelga general no poseían valor propio porque utilizaban argumentos prestados, pero dos años después publiqué otra más original. Se titulaba “Huérfanos de la certeza”, y criticaba a los intelectuales añorantes de la certidumbre proporcionada por la guerra fría. Los autores que citaba me respondieron airados, por lo que hube de reconstruir mis argumentos en un breve panfleto que no alcanzó la fortuna que merecía (*Futuro incierto*, Anagrama, 1991), lo que me llevó a preparar uno de mis ensayos más logrados (*El destino. Progreso, albur y albedrío*, Paidós, 1995).

Para entonces, ya se había fraguado en esa nueva década otra batalla política donde mi posición en la trinchera felipista se hizo mucho más incómoda, obligándome a navegar contra la corriente. Su inicio se produjo al estallar el *caso Juan Guerra*, cuyo pésimo tratamiento por el gobierno socialista despertó la indignación de propios y extraños ante un abuso de poder tan evidente. Lo que me llevó a publicar la primera de mis tribunas críticas con el felipismo (“Decencia-ficción”: 13 de junio de 1990). Pero el estallido de ese primer caso de corrupción socialista no significó más que el preámbulo de una auténtica cascada de escándalos políticos donde no se sabía qué era peor, si la delincuencia política o el ilegítimo abuso de poder. Lo que me llevó a publicar una serie de tribunas muy críticas reclamando al presidente González la asunción de responsabilidades: “Crédito y credulidad” (23 de enero de 1993), “Epígonos de recambio” (15 de abril de 1993), “Ideas y personas” (3 de marzo de 1994), “Carta abierta” (14 de marzo de 1994), “El enroque” (28 de marzo de 1994), “Presos de Craxi” (18 de abril de 1994) y “Una explicación” (25 de abril de 1994), donde emplazaba al presidente a explicarse y rendir cuentas, lo que por supuesto no se dignó hacer.

Después de esa época, las cosas mejoraron bastante una vez que los socialistas salieron del

poder, tras la “dulce derrota” de las elecciones de 1996. Tal como había previsto en una columna premonitoria (“La alternancia”: 30 de mayo de 1994), el volver a luchar desde la oposición contra un gobierno conservador dispó en poco tiempo el sórdido ambiente político que se mascaba en el bando socialista durante la primera mitad de los años noventa. En cambio ahora, enfrentados en común a la altanera antipatía de Aznar, todos podíamos sentirnos de nuevo solidarios compañeros del mismo viaje. Sostuvo Vázquez Montalbán que contra Franco se vivía mejor, y también puedo yo atestiguar que contra Aznar se vivía mejor que contra González, pues oponerse críticamente a un gobernante “neocón” como aquel es como un frasco de viagra para mantener en forma la buena conciencia política. Aunque por eso mismo tampoco tiene mayor interés narrativo, pues todos los comentaristas del bando progresista coincidíamos codo con codo casi siempre en las mismas contiendas mediáticas contra la catástrofe del *Prestige*, la foto del “Trío de las Azores”, la participación en la segunda guerra de Irak y lo más trágico de todo: el atentado de Atocha del 11-M que fue atribuido falsamente por Aznar al terrorismo etarra, provocando con ello un vuelco electoral que llevó al poder sin merecerlo al presidente Zapatero. En todas esas batallas participé con tribunas y columnas que no merece la pena recordar, pues no podían descollar en originalidad. Pero sí quiero advertir que reflexionando sobre ellas construí uno de mis mejores ensayos académicos: *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación* (Alianza, 2003).

Y después adivino el mandato del antes aludido Rodríguez Zapatero, que como carecía de legitimación de origen porque casi nadie votó a su favor sino en contra de Aznar, se sintió obligado a adquirir deprisa y corriendo una flamante legitimidad de ejercicio, y para ello acometió toda una batería legislativa de nuevos derechos civiles con enfoque de género, impulsó un fallido proceso de paz con el terrorismo vasco y favoreció la imprudente elaboración de un nuevo *Estatut* catalán, que está en el origen de la deriva secesionista actual. Un balance de más sombras que luces que me hizo regresar a mi antigua posición mediática de “pepito grillo”. Pues al igual que contra el González de 1990-1994, fui muy crítico en mis columnas y tribunas desde

una posición de inequívoca lealtad. Ahora contra Zapatero regresé por segunda vez a la misma actitud, aunque quizá con mayor carga crítica y alguna menor lealtad.

El balance que cabe extraer de mi experiencia empotrado en trincheras mediáticas es regresivo, dada la paulatina degradación de nuestro sistema político, cada vez más parecido al tipo de “democracia delegativa” que criticó Guillermo O’Donnell (1997), en la medida en que los responsables políticos, desde el presidente del gobierno al último concejal, eluden sistemáticamente rendir cuentas y asumir responsabilidades. Y semejante carencia de la imprescindible *accountability* debe atribuirse a los primeros presidentes electos, que con su mal ejemplo precursor sentaron el precedente y autorizaron a quienes les siguieron a hacer más lo mismo. Por eso no puedo compartir esa nostálgica legitimación retrospectiva que ahora se atribuye a Suárez y González, a quienes se ensalza, agiganta y echa de menos por comparación a la baja talla moral de los gobernantes actuales. Y no lo puedo compartir porque fueron los primeros en abandonar sus cargos sin rendir cuentas ni asumir responsabilidades. Suárez al menos tiene la excusa de que su inexplicada huida del poder no se debió a sus propias actuaciones sino a las conspiraciones de los demás, que le empujaron a hacerlo. Pero en el caso de González, que se resistió como gato panza arriba a dimitir o a retirarse, jamás ha rendido cuentas por todos los escándalos y abusos de poder que se multiplicaron bajo su exclusiva responsabilidad personal: los consintió, amparó o encubrió, y jamás lo explicó. En suma, no cumplió su deber profesional, que como señalé al comienzo de este texto es ejercer la *accountability* asumiendo responsabilidades por los resultados del propio trabajo. Un pésimo ejemplo que legó a sus sucesores y que estos replicaron con creces.

## EL EMPOTRAMIENTO (*EMBEDDEDNESS*) MEDIÁTICO

Además de su traducción como “empotrado”, que he utilizado aquí, el adjetivo inglés *embedded* se puede traducir como “encajado”, “incluido”, “incrustado”, “embutido”, “insertado”. Literalmente:

“encamado”. Y el sustantivo derivado, *embeddedness*, se suele traducir como incrustación, encajamiento, inclusión, integración, incorporación, pues “encamamiento” o “empotración” no suenan bien en castellano. Aquí he decidido utilizar el término “empotrado”, para traducir *embedded*, por el uso que se hizo de la inclusión de corresponsales de guerra en los carros de combate que ocuparon Bagdad en la segunda guerra de Irak en mayo de 2003. Enseguida volveré sobre esto.

Pero antes he de recordar que el principal uso sociológico de los términos *embedded* y *embeddedness* procede de la nueva sociología económica (NSE) de Granovetter, que recurrió a ellos en honor a Karl Polanyi, el primer autor que los introdujo en su magna obra *La gran transformación*. Como he narrado en otro lugar (Gil Calvo, 2016), la NSE surge como reacción a la segunda “gran transformación” neoliberal que se produce en Occidente tras el declive del keynesianismo de Estado iniciado en los años treinta y concluido en los setenta del siglo pasado. El imperialismo de los economistas neoclásicos, los “Chicago Boys”, impone su supremacismo cognitivo sobre el conjunto de las ciencias sociales a partir del manifiesto fundador de Gary Becker, “El enfoque económico del comportamiento humano”, original de 1976; y a partir de entonces todas las relaciones sociales comienzan a interpretarse reduccionistamente como transacciones de mercado: *do ut des*. Su traducción a la ideología política del neoliberalismo triunfante se expresó en la máxima de la premier británica Maggie Thatcher, “la sociedad no existe”, pues solo es un agregado de individuos, familias, empresas y estados separados entre sí por relaciones de mercado. Y contra ese economicismo rampante se produjo la reacción sociologista de la NSE, cuyo manifiesto fundacional fue el artículo de Mark Granovetter “Acción económica y estructura social: el problema de la incrustación (*embeddedness*)”, original de 1985. En suma, los agentes de las transacciones de mercado, ya sean individuos, familias o empresas, no son unidades autónomas separadas entre sí, flotando libremente en el vacío social, sino que siempre están sujetos, anclados, incrustados o encajados (*embedded*) por las posiciones que ocupan en las estructuras sociales.

¿Puede basarse mi uso del término “empotrado” en la *embeddedness* de Granovetter? Di-

fícilmente. Rizando el rizo, podría argumentarse que los órganos de prensa son representativos de los intereses de clase y las identidades colectivas de sus lectores. Y que, por tanto, su selección de columnistas y analistas, por pluralista que se pretenda para aparentar la independencia del medio en cuestión, siempre estará “determinada en última instancia” por la estructura social de su audiencia. Así, según esto, mi “incorporación” (*embeddedness*) a las páginas de *El País* obedecería a mi propia “incrustación” (*embeddedness*) en la estructura social como miembro típico del profesorado universitario de ciencias sociales. Ahora bien, afirmar eso tampoco es decir demasiado, pues suena casi tautológico: una generalidad muda y vacía, como diría Marx.

Llega, pues, el momento de explicar en términos más precisos cuál es el sentido del uso que yo hago del concepto de “empotrado” (*embedded*). Procede directamente, como ya he anunciado antes, del modismo utilizado por la prensa estadounidense para describir la posición de sus corresponsales de guerra en la invasión de Irak (2003), que fueron describiendo el conflicto bélico tal como lo percibían desde las mirillas de los carros de combate del ejército agresor en los que viajaban alojados bajo la supervisión de su tripulación militar. Lo cual significaba una novedad histórica, pues hasta entonces los corresponsales de guerra iban por libre y a su aire, narrando los combates desde un punto de vista exterior a los contendientes, no necesariamente neutral, pero sí a ser posible imparcial e independiente del mando militar. Y con ello se regresaba al modelo decimonónico de la censura de guerra, como ha ocurrido con tantos otros retornos políticos y económicos al viejo liberalismo oligárquico del siglo XIX.

Según la síntesis de Iturregui y colaboradoras (2014), a quienes sigo en esto, los corresponsales de guerra nacieron como enviados de la prensa privada anglosajona durante la guerra de Crimea (1853-1856), para caer muy pronto bajo el estricto control de la censura militar. Esa primera fase de periodismo militarizado se mantuvo con variantes durante un siglo hasta el final de la segunda guerra mundial, formando parte los tendenciosos despachos enviados desde el campo de batalla de la propaganda bélica que desplegaba cada uno de

los bandos en conflicto. Pero todo cambió con la guerra de Vietnam, cuando la prensa y la televisión estadounidense y europea pudo actuar como testigo imparcial del conflicto narrando y denunciando los horrores de la guerra, tantas veces cometidos por militares compatriotas de los informadores que lo retransmitían en directo. Esa segunda fase de la corresponsalía bélica, que se acercaba al ideal de una prensa libre e independiente, fue demasiado breve, pues muy pronto el *establishment* patriote-ro estadounidense empezó a atribuir la derrota de Vietnam al papel de los corresponsales, que a sus ojos obstaculizaban el esfuerzo de guerra. De ahí que se reclamase modificar su estatus para disponerlo al servicio de la cadena de mando.

La tercera fase comenzó, pues, al final del siglo en las guerras de los Balcanes, al principio narradas por corresponsales de guerra libres e imparciales, mientras los contendientes eran serbios, croatas o bosnios, pero que dejaron de serlo en cuanto intervinieron unidades militares de Naciones Unidas, pues fue entonces, precisamente, cuando comenzó a hablarse de manera informal de periodistas “empotrados” en las fuerzas internacionales. Ahora bien, el estatus oficial de *embedded* solo apareció con la segunda guerra de Irak, que se planificó desde un principio como una demostración mediática de arrolladora supremacía militar, contando con guionistas de Hollywood para diseñar la puesta en escena de espectaculares operaciones bélicas (Salmon, 2008: 157 y ss.), lo que naturalmente precisaba contar con la colaboración voluntaria de los corresponsales de guerra. Y la solución fue empotrarlos en el interior de las propias unidades militares para que vieran el conflicto bélico con los mismos ojos que los combatientes, identificándose con ellos del mismo modo que el espectador de cine se identifica con el protagonista cuyos pasos sigue la cámara poniéndose en su lugar. Ya no hacía falta censura militar, pues bastaba con el *storytelling* bélico, tal como narró el citado Salmon.

Pues bien, la experiencia del periodista que contempla la guerra empotrado en un carro de combate es la misma que la del crítico social que contempla los conflictos políticos empotrado en una trinchera mediática. No analiza la realidad como el corresponsal de guerra en Vietnam, que iba por libre a su aire informando entre dos fuegos,

sino que lo hace adoptando el punto de vista de la redacción informativa en la que está empotrado, en el frente opuesto al de sus rivales políticos y periodísticos. Pues en la guerra de trincheras mediáticas en que consiste la política española, con los medios enfeudados al servicio de los partidos enfrentados, no se puede ir por libre, lo que supone una condena al ostracismo silenciado, sino que se necesita estar alineado en alguno de los bandos, a fin de disponer de una tribuna desde la que expresarse. Lo que conlleva la penitencia de que, al estar empotrado en una redacción, te identificas involuntariamente con su punto de vista, situado en perspectiva contrapuesta a los demás, siendo al mismo tiempo colaborador imparcial y espectador identificado con el enfoque partidista del medio.

Como se sabe, la democracia es la continuación de la guerra civil por medios incruentos. Por tanto, del mismo modo que en una guerra civil es difícil permanecer neutral, pues tus relaciones con los combatientes te empujan a tomar partido, tampoco en las batallas mediáticas resulta fácil informar de modo imparcial e independiente, viéndote obligado a hacerlo empotrado en alguno de los medios en liza. Con lo cual asumes su perspectiva bélica, interesada no en servir a la verdad sino en vencer al adversario. Lo que afecta a tu relato de los hechos, imponiéndote una estructura narrativa que te obliga a identificarte con los tuyos y a sentir aversión por sus rivales.

## REFERENCIAS

- Becker, G. (1997). El enfoque económico del comportamiento humano. En R. Febrero y P. Schwartz (eds.), *Lo esencial de Becker* (pp. 47-58). Barcelona: Ariel [1976].
- Berger, P. (1977). *Introducción a la sociología*. México: Limusa [1963].
- Gil Calvo, E. (2016). ¿Todo mercado? El irresistible ascenso de la competitividad neoliberal. En E. Gil Calvo (coord.), *Sociólogos contra el economicismo* (pp. 15-34). Madrid: Catarata.
- Granovetter, M. (2003). Acción económica y estructura social: el problema de la incrustación. En F. Requena (comp.), *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones* (pp. 231-269). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Iturregui, L. *et al.* (2014). Corresponsales de guerra en el campo de batalla: un estudio de su relación con militares desde Crimea a Irak. *Historia y Comunicación Social*, 19, 645-654.
- O'Donnell, G. (1997). ¿Democracia delegativa?; Otra institucionalización. En G. O'Donnell, *Contrapuntos* (pp. 287-330). Buenos Aires: Paidós.
- Polanyi, K. (1989). *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta [1944].
- Salmon, Ch. (2008). *Storytelling. La máquina de formatear historias y formatear las mentes*. Barcelona: Península.

#### NOTA BIOGRÁFICA

**Enrique Gil Calvo** es catedrático emérito de Sociología en la Universidad Complutense, don-

de ha enseñado e investigado desde hace cuatro décadas, siendo sus especialidades la sociología política, comunicación política y sociología de la edad, el género y la familia. Se licenció y doctoró con número uno en la primera promoción de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense. Ha sido distinguido con el Premio de Ensayo Anagrama por *Lógica de la libertad* (1977), el Premio Espasa de Ensayo por *Estado de fiesta* (1991) y el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos por *La ideología española* (Ediciones Nobel, 2006). Ha publicado más de 25 libros, destacando, entre los más recientes, *Sociólogos contra el economicismo* (Catarata, 2016) y *Comunicación política. Caja de herramientas* (Catarata, 2018). Es uno de los sociólogos españoles más notorios, siendo columnista habitual del diario *El País* y habiendo colaborado con un largo número de medios audiovisuales.

